

SUPLEMENTO FEMENINO

DE

EL BIEN PÚBLICO

Año IV

Mahón 4 de Septiembre de 1930

Núm. 386

EN EL SECRETO

Hay muchas personas que, sinceramente, se creen virtuosas, cuando en realidad no poseen más que la apariencia de la verdadera virtud; toman sus impulsos del exterior; se conducen según la tradición y siguiendo la rutina; se dejan influir por la actividad de los demás; respetan las barreras levantadas por la opinión pública, y el «que dirán» pone a cada momento, ante sus ojos inquietos, un temible punto de interrogación.

Antes de tomar una determinación no meditan con calma, no escrutan los grandes principios morales; se lanzan al azar, buscando a derecha e izquierda sugerencias y ejemplos; les basta saber que un individuo bien considerado obra de determinado modo para que ellas hagan lo mismo; consultan a los audaces, a los parlanchines, a los clínicos, tanto como a los prudentes, buscan un término medio entre los datos obtenidos y lo adoptan como guía.

Y no es que estas almas sin raíz estén desprovistas de buena voluntad; a veces llegan a dar pruebas de cierto espíritu de sacrificio; pero sucede que esa voluntad se aplica indiferentemente a toda suerte de empresas y esa abnegación no realiza a menudo más que triviales esfuerzos.

Esa clase de almas flota, por falta de apoyo en la base fija de la moral; su ambición se limita a quedar situadas en la categoría de «buenas personas» y de aprovecharse «socialmente», de todas las ventajas de una conducta reconocida como irreprochable por el mundo; desean la simpatía general y ese ambiente de respetuoso aprecio, agradable como el perfume del incienso. Para tales conquistas les es preciso inclinarse bajo las fluctuaciones exteriores, imitar a éste, complacer a aquél, colocarse entre la mayoría, abandonarse a la corriente, oscilar según las modas, en una palabra, obedecer servilmente a varios dueños caprichosos e ilógicos.

En las condiciones ordinarias de la existencia la pobreza individual de estas personas no se descubre con frecuencia. Cumplen regularmente su cometido y no merecen censuras serias. Pero al llegar un caso grave, una tentación violenta, una bifurcación peligrosa, su debilidad se revela entonces de un modo lamentable; se encuentran desarmadas, no poseen solidez alguna, no saben distinguir el buen camino, no tienen la costumbre de consultar su conciencia; ésta, por otra parte, reducida casi siempre al silencio, no sabe ya hablar alto. Durante esas crisis la orientación venida del exterior no sirve; la moral mundana es insuficiente. Y ¿entonces? Entonces viene con frecuencia la caída, la abstención culpable, el mal camino, hacia el cual se dirige la pobre alma indecisa y sin brújula.

Como contraste observemos a las personas que tienen una verdadera vida moral interior; en el movimiento social no se distinguen siempre de las demás, pero en el secreto de su conciencia, qué

riqueza, qué fuerza, qué ardiente buena voluntad en cumplir el bien por sí mismo, sin preocupaciones de humanas recompensas, qué resolución de permanecer en el buen camino, cueste lo que cueste. Toda su cotidiana existencia está engrandecida, ennoblecida; no están, ellas, más que las otras—menos quizás—exentas de pasos difíciles, ni de asaltos de la tentación; delante de ellas se abren también senderos divergentes; pero su fuerza habitual encuentra, en el momento preciso, la salvación, porque saben, por medio de sus reflexiones y meditaciones anteriores, donde está la ley infalible y tienden la mano hacia el hilo conductor que nunca perdieron de vista; la voz íntima que indica el camino recto se deja oír y las conduce. Las vacilaciones no las turba porque distinguen claramente lo que hay que hacer, y como su voluntad se halla inclinada al esfuerzo generoso, son capaces de cumplir con la labor moral que se imponen por dura que sea. Si por casualidad desfallecen un instante, su flaqueza no es duradera, ni su caída definitiva; acostumbra a amar a la virtud a vivir en la virtud, no pueden por mucho tiempo, permanecer fuera de ella.

Mantengamos en nosotros esta hermosa vida moral, rica y generosa, porque es la única que merece ser vivida.

LISETA

La Moda en París

París, Agosto de 1930

Antes de hablar de trajes, vamos a dar algunas indicaciones acerca de los colores que más priven por ahora también citaremos algunos de los que, al parecer, han de gozar del favor de los modistos durante la próxima estación.

Por ejemplo, en los trajes de baño y para tomar el sol se han visto en las playas francesas telas estampadas con grandes manchas redondas o redondeadas, motivos que se reproducían pintados en los grandes sombreros de paja cuyas alas protegían el rostro y la nuca. Eso parece ser una demostración de que la «pastille» no tardará en hacer una aparición triunfante y casi general para los trajes de muselina estampada.

El moiré de color azul marino se emplea bastante y con efectos agradables en los trajes sastre de tarde. En tal caso la blusa-chaleco se hace de crespón-satén blanco.

Por ahora el color verde parece ser el favorito, pero el azul aspira a sustituirle, cosa que no sabemos si logrará, a pesar de que no es mal visto por las elegantes.

Con respecto a los trajes de noche, no hay que decir que la mayoría son negros, si bien han aparecido ya algunos tejidos de color muy oscuro con reflejos cálidos. En una palabra, es, sencillamente, una variante del negro, de manera que, en esencia, no ha habido modificación alguna.

Volviendo a tratar del color verde, no se puede negar que está muy a la moda, de manera que se le hace dar todo el rendimiento que es capaz de proporcionar. Se han visto trajes que contienen varios tonos del mismo color, dispuestos de manera que vayan disminuyendo en intensidad, o sea que se parte del verde oscuro, para terminar en el verde lechuga.

También y con destino a la chaqueta y al traje sastre parecen ganar terreno los tejidos de «tono apagado». Como ya se sabe, son la combinación o la mezcla de dos tonos, hasta que resulta la confusión completa de ambos. Según hemos consignado antes, se han hecho ya algunas

variantes del negro, que no son más que la mezcla de éste con otro tono más cálido. El azul marino se inclinará hacia el violeta, éste hacia el azul, el gris tendrá tendencias en dirección al beige y así sucesivamente. Para los trajes de noche se nos anuncian tonos tan raros y chocantes que habrán de causar extrañeza y hasta disgusto, cuando se vean por primera vez. Luego es probable que se acostumbren los ojos.

Las tendencias parecen indicar que las faldas van a seguir alargándose, no ya sólo para los trajes de noche, sino también para los de calle. Por de pronto ya se han visto abrigos con cola que arrastra por el suelo, como los trajes de veinticinco años atrás y es sabido que tales tentativas

de las siluetas actuales, es lo cierto que en el fondo no se advierte la misma seguridad. Hay numerosos tanteos, con el deseo de hallar un tipo universalmente aceptado, porque, cosa rara, no hay este año la misma sumisión ni tanta obediencia por parte de las mujeres hacia los decretos de los modistos...

JACQUELINE



Vestido de muselina impresa con flores rojas y verdes, sobre fondo negro, flor de satén negro en el talle



Vestido de crepe rosa, adornado en el cuerpo con «forchitas» y que forman la amplitud de la falda

La elección del traje

son siempre la indicación de una enérgica ofensiva.

Paralelamente se ensanchan las faldas por su parte inferior. A veces desaparecen las mangas, para ser substituidas en lo posible por una capota que cubre el brazo dejando el antebrazo al desnudo.

En general y aunque, de un modo aparente, la moda se haya pronunciado decididamente acer-

Una de las mejores pruebas del buen gusto femenino es precisamente la elección del traje según la ocasión de que se trate. Naturalmente existen reglas generales que son sabidas de sobra, y ninguna mujer se pondrá por ejemplo un traje descotado para salir por la mañana, pero hay otros pequeños detalles que muchas veces escapan a la percepción normal y que, sin embargo, conviene tener en cuenta.

Todas sabemos que para ir a la iglesia es preciso llevar un traje cuya falda no sea demasiado corta y que por el contrario esté provisto de largas mangas. También convendrá evitar los descotes pronunciados, los trajes demasiado originales o el rostro excesivamente «maquillado». Pero la mayor parte de estos detalles, que muchas mujeres no tienen en cuenta, se podrían evitar echándose sobre los hombros una chaqueta que luego es facilísimo quitarse.

En cuanto a la chaqueta también conviene saber cuando conviene quitársela. Por ejemplo, en visita hay que abstenerse de ello, pero cuando se asiste a un té o a un *matinée*, puede dejarse en el recibimiento o en la antecámara. Por la noche se puede entrar en la sala con la chaqueta puesta, a fin de que nuestra aparición sea más sensacional, pero después de unos instantes convendrá que la dejemos en el respaldo de nuestro asiento. En cuanto al sombrero, se admite puesto durante un almuerzo, pero es preciso quitárselo en una cena. En el teatro puede conservarse siempre y cuando no impida a los vecinos la contemplación del escenario, pero evitando siempre las protestas y los abusos que las mujeres cometen en otros tiempos acerca de este detalle.

La costumbre no quiere que se lleven trajes descotados por la tarde, sino solamente por la noche, pero aun entonces hay que graduar el descote, que nunca debe ser tan pronunciado en una fiesta corriente como en otra de gran gala. También las jovencitas han de llevar un escote



Manteau de noche en satén negro con un gran cuello de hermine

menos pronunciado que las señoras casadas y aun nadie criticará que éstas suavicen el escote por medio de un ligero tul que contribuirá a idealizar las curvas.

Los trajes de mañana o de deporte han de ser lo más sencillos posible. Si la moda exige los brazos desnudos, se podrá corregir este exceso de desnudez por medio de un chal o de una piel de entretiempo, pero, como queda dicho, es preferible buscar la elegancia en la sencillez y en la corrección.

Los brazos desnudos y los guantes presentan otro problema. ¿Cuándo hay que quitarse los últimos? En el campo el asunto se resuelve por sí mismo, pues sin dificultad podemos quitarnos los guantes, aunque los conservaremos puestos en la práctica de determinados deportes.

Existe sin embargo, alguna incertidumbre, con respecto a la conveniencia de quitarse o no los guantes en una recepción. Por nuestra parte hemos de votar por su conservación, tanto más cuando que, si no estamos engañadas, no tardará el guante largo en ser el compañero inseparable de los trajes de noche y de gala.

Por lo demás si debemos conservarlos durante una visita, podemos quitárnoslos a la hora de la merienda o del té.

Y, por fin, recordemos que en las visitas de pésame o de beneficencia nuestro traje ha de ser lo más modesto posible, para que no contraste desagradablemente con el dolor o la miseria que deseamos aliviar y consolar.

En una palabra, se trata de cuestiones que pueden resolverse con un poco de sentido común, aun en los casos en que no existen reglas fijas ni precedentes. Y en caso de duda vale siempre más inclinarse hacia la sencillez y la corrección.

A. D'ENERY

EN EL TOCADOR

EMPLEO DEL BORAX

El bórax se emplea también para usos de tocador. Lavándose la boca con agua boratada se mantiene limpia y se impide la formación de las caries.

Sirve para desengrasar y lavar el cabello. Para ello se ha de emplear una solución muy diluida, a fin de no reseca demasiado el cuero cabelludo.

PARA EL CUTIS DELICADO

He aquí una excelente receta de leche de belleza que podéis emplear con muy buen resultado.

Agua de rosas, 200 gramos, leche de almendras dulces, 30, y leche de almendras amargas 6.

Aplicase esta leche con una almohadilla de algodón después de lavarlos dos veces al día.

Una buena crema de belleza y una ligera aplicación de polvos os harán el cutis bonito y satinado.

He aquí la fórmula de una buena crema:

Lanolina, 40 gramos; vaselina, 25 esencia de violeta, 6 gotas; agua destilada de rosas, 18 gramos.

LECCIONES DE COSAS

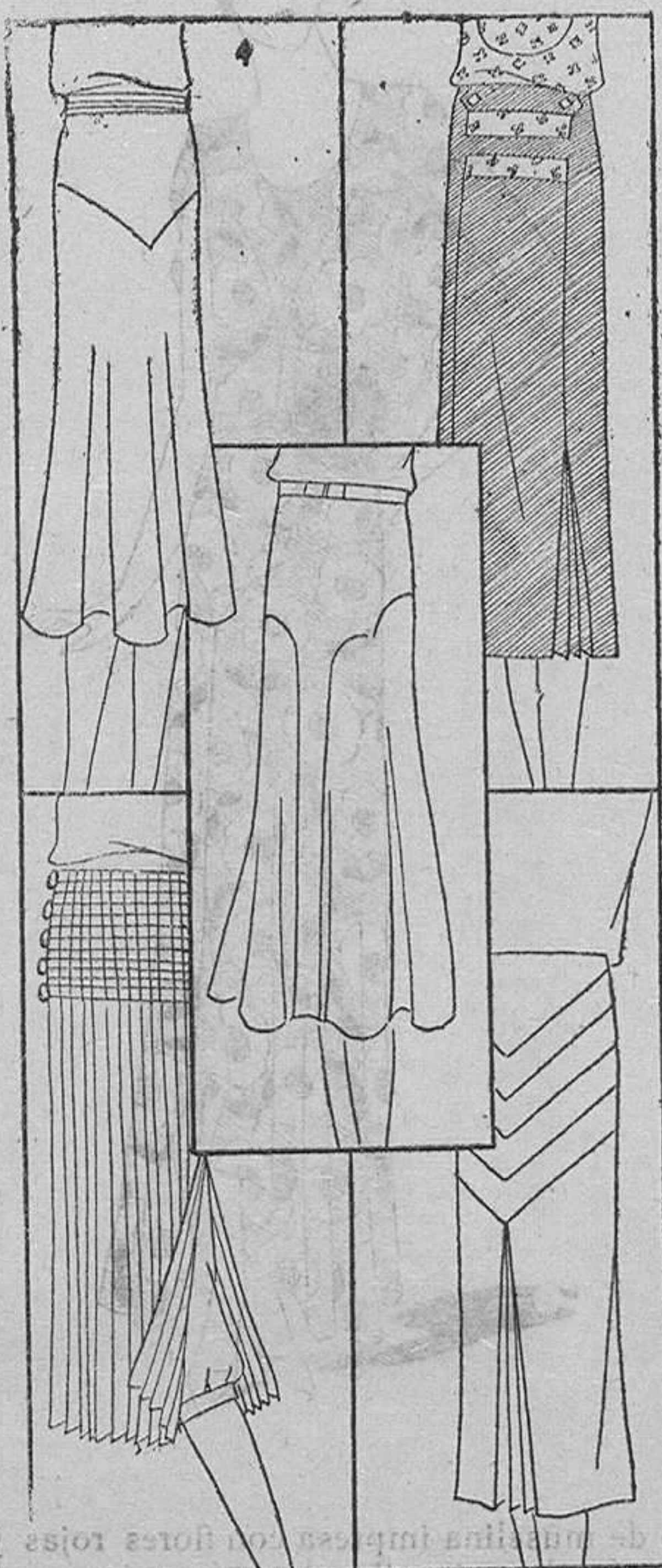
PARA REPARAR LOS ASIENTOS DE CUERO

Si se trata de raspaduras, quítense con una navaja de afeitar las asperezas y pásese tinte de nuez con un pincelito sobre las raspaduras. Cuando ya se ha secado, frótese con un pedacito de madera dura y pulimentada, en redondo sobre la raspadura, para pulir e igualar sus bordes.

Si se trata de cortes, póngase diez gramos de cola de pescado dentro del mismo peso de agua fría, hasta que se hinche la primera y póngase a calentar al baño de maría. Agréguese luego un gramo de bicromato de potasa y cinco gramos de glicerina. Mójense con una esponja los bordes que se hayan de unir para flexibilizarlos; úntense luego de cola y aproxímense el uno al otro. Póngase la silla invertida, en forma que el asiento esté de plano sobre una mesa, colocando debajo del corte un trozo de tela plegada en varios dobles para que forme un gran espesor, y después cárguese el reverso de libros y otros objetos pesados.

CUERO ALTERADO POR EL USO

Disuélvase 90 gramos de cera amarilla, 200 gramos de esencia de trementina. Caléntese al baño de maría, y después agréguese una solución al 5 por 100 de jabón con agua de lluvia y un poco de tinte de nuez si la cola estuviese algo espesada. Frótese el cuero con una almohadilla untada con dicha crema.



PARA EL SPORT. — Falda en forma con pliegues cruzados.
Falda en forma, de género de lana.
Falda de crepe de lana con recortes.
Falda de tela de seda con panneaux en forma.
Falda plisado en tisor, abierta en el costado, sobre un pantalón.
Falda de lanita, adornada con aplicaciones y alforcas.

FOLLETIN DE «EL BIEN PUBLICO»

EL SECRETARIO

— POR —
RAFAEL PÉREZ Y PÉREZ

(85)

de María Victoria y allí vertió la hiel de sus palabras, bien ajena al dolor que iba a causar, creyendo, al contrario, hacer un bien a su ama al demostrarle cuán indigno era aquel hombre de que por él pasara fatigas una mujer del temple y de la valía de la duquesa de Mur.

— El señorito Gonzalo se casa... Como atontada por un golpe violento, cerró los ojos María Victoria. Sus entrañas sintieron como el choque frío y rasgador de un acero afilado, pero sus labios alivos se cerraron y nada dijo, nada habló. Ni tan sólo hizo una pregunta a la oficina sirvienta.

¿Para qué? Ella sabía que hacía mucho tiempo la viuda de Estrada y el señor de Vargas concertaron el casamiento de sus hijos, que había de fundir las dos fortunas más cuantiosas de

la provincia y las dos familias más influyentes de la región. Sabía también que a Gonzalo hubo una época durante la cual no le repugó, ni mucho menos, semejante coyunda, diciéndose que entre las cenizas de aquel amor debieron quedar algunos rescoldos y se encendían de nuevo. Había sido vencida por la muchachita rural.

Sólo una cosa había en todo ello que la desconcertaba: el hecho de que Gonzalo, aun conservando su afición a la antigua novia, había estado y... ¿por qué no decirlo?.. estaba todavía ardientemente enamorado de ella, de María Victoria Mur. Enamorado hasta el extremo de no alterar la raptura de sus relaciones con la chiquilla provinciana, según las confidencias de Carolina. ¿Luchaba entre dos cariños su tutor? ¿O eran los padres quienes, influyendo en el ánimo de los muchachos, volvieron a anudar el lazo roto?

Pero si Gonzalo no amaba a Inés de Vargas, María Victoria se preguntaba cómo conseguirían arrancarle una promesa tal. Y no, no... Su corazón le decía a gritos que Gonzalo no amaba a aquella joven. No la había dicho su tutor ni una sola palabra deci-

siva, pero ella que le conocía bien sabía que no era capaz de dejarse arrastrar por el impulso del momento; que sólo amando ciegamente y con toda su alma a una mujer, fuera osado a dejar conocer su amor en todos sus actos y aun a dejarlo entender en sus palabras. Y en todo su aspecto azorado y confuso a la vista de ella, en la misma huida tímida y cobarde, palpaba su amor con una elocuencia muda pero expresiva.

María Victoria Mur, mujer joven y hermosa, sabía de aquello; sabía de ese lenguaje transparente y diáfano del corazón. Había denegado muchas demandas, escuchado ardientes protestas, rechazado muchos amores y estaba muy segura de haber analizado bien los sentimientos de su tutor.

— ¿Y cómo era tan cobarde que no hablaba? ¿Cómo tan traidor que se entregaba a otra sin querer? —

Rompó a sollozar, arrojada, escondida la rubia cabeza en el asiento de un sillón sobre cuyos tapices se decían ternezas unos pastorcillos enamorados... Pepa había salido, cerrando la puerta. El sol plomizo de invierno entraba temeroso por el abierto bal-

LIMPIEZA DE PLUMAS

Prepárese agua de jabón tibia a 5 por 100 y sumérjase la pluma por el tallo, prensándola con la mano. Reptase varias veces la operación y luego enjuáguese con agua fría secándola sobre un trapo delante del fuego. Para que se hinche dénesele golpecitos suavemente y agtesela delante de una llama. Luego habrá que rizarla.

Las plumas pierden su rizado por efecto de la humedad, pero puede repararse este por medio de la hoja de un cuchillito ligeramente caliente. Con la parte más gruesa de dicha hoja se coge cada brizna de pluma en su nacimiento y se le hace resbalar por entero, apoyando más con el dedo en la extremidad.

SED DE INFINITO

Un verso mío, uno solo desnudo...
Eduardo Marquina.

Un verso mío, como flecha de oro,
quisiera que rasgara el aire zarco
y al fuerte impulso de mi brazo el arco
se quebrara, perdido su tesoro.

Viendo mi verso cómo va en el cielo,
envuelto en el azul de la mañana,
prendidos de emoción, de gloria humana,
mis ojos le persigan con anhelo.

Y «¡Arriba! ¡Más arriba! ¡Siempre
¡arriba!
—le diga sin descanso mi alma altiva—.
¡Siempre mi afán más alto quiere verte!»

Así es mi corazón: arco ya roto,
de su verso de amor tan fiel devoto,
¡que por él vive en su propia muerte!

ANDRÉS CASASNOVAS

DE COCINA

HUEVOS CON PURE DE JUDÍAS

Se ponen a cocer con agua fría las judías, y cuando están bien cocidas se pasan por tamiz para obtener un puré bien espeso. Se prepara un recipiente grande, o mejor un plato pequeño para cada persona, donde se derrite un poco de mantequilla, y encima se coloca, en forma de corona, el puré de judías. Se colocan los platos (que serán de porcelana especial para el caso) sobre el fuego, y dentro de la corona formada por el puré se casca un huevo, sobre el que se echa gruñere rallado, sal y un poco de pimienta, según el gusto de cada uno. Sobre los huevos se echan también unos trocitos de mantequilla y se ponen a cocer a fuego lento.

SESOS A LA PROVENZAL

Cocer en agua y sal con tomillo, laurel y zumo de limón dos sesos de ternera limpios y suprimidas las tellillas. Déjarlos enfriar en su cocimiento, escurrirlos y cortar cada uno en seis rajadas; espolvorearlas con harina y dorarlas un poco en una sartén con aceite. Aparte preparar una salsa de tomate y extenderla, bien reducida, en un plato redondo. Ordenar encima las rajadas de sesos, guarnecer el centro con aceitunas y colocar sobre

cada raja un filete de anchoa de salado y enrollado Espolvorear todo con perejil picado.

POSTRE POPULAR

Parece muy sencillo hacer un buñuelo o un churro; sin embargo no lo es tanto como parece. Los que se compran hechos tienen además, el inconveniente muchas veces de estar confeccionados con aceite barato, lo que les da un sabor insoportable. Para hacerlos en casa veamos primero, cómo se hacen los churros.

Se hablandan al calor tres cucharadas de manteca, se añade un huevo batido, y después tres partes de una taza de leche con 150 gramos de azúcar, dos gramos de nuez moscada y un poquito de sal (tres gramos bastan), se agregan tres tazas de harina y unos 16 gramos de polvos de levadura. Se amasa y extiende con el rodillo hasta igualar la capa, que deberá tener un espesor de un cuarto de pulgada. La masa podrá cortarse en forma de rosquilla si no se tiene maquina para darles forma, y se frien en aceite muy caliente, lo bastante para freír un pedazo de pan en un minuto, hasta dejarlos tostados. Luego de fritos se sacan y extienden sobre un papel, se espolvorean con azúcar en polvo y se comen mientras están calientes.

Para hacer los buñuelos se calienta en una sartén media jicara de aceite, se añaden cinco cucharadas de harina candeal y se remueve hasta que adquiere un tono pajoso. Se añaden entonces dos jicaras de leche y se sigue removiendo la masa hasta que espesa; llega el momento de sacarla del fuego y depositarla en otro recipiente, hasta que la masa se haya enfriado. Unan se entonces a la mezcla dos huevos y trabájese la masa hasta que esté bien fina.

En una sartén honda se pone bastante aceite sobre el fuego y se espera a que esté muy caliente; se va friendo la masa a cucharaditas, cada una de las cuales quedará convertida en un succulento buñuelo. Servidos con miel, están riquísimos.

POTAJES

Estos, lo mismo que los purés, se hacen poco más o menos del mismo modo; el de garbanzos se hace remojando y escaldando éstos, cociniéndolos luego con un poco de aceite crudo, añadiéndoles cebolla y ajos fritos, sazonándolos con sal y espinacas y espesando por último el caldo, bien con arroz, bien con yemas de huevo.

Para hacer el potaje de lentejas, se cocerán éstas poniéndolas con agua fría y sal; luego se les añadirán los nabos, arroz o espinacas (éstas deben cocerse aparte), y por último, después de cocidos, se freirán unos ajos en aceite, añadiéndoles pimiento y perejil, cuya salsa se echa al potaje antes de retirarlo del fuego.

El potaje de judías y el de espinacas se hacen también del mismo modo: en el de castañas se lavan éstas, cociniéndolas con un poco de anís, y luego se rehoga con aceite o manteca, formando para él la misma salsa que para los demás potajes.

T. B. O.

SEMANARIO INFANTIL

Ocho páginas de amena lectura con profusión de grabados

Historietas — Cuentos — Chascarrillos.

Precio: 0'10 pesetas.

Vendese en Mahón en la Librería de Manuel Sintet Rotger, Plaza del Príncipe, 17.

Imp. de Manuel Sintet Rotger. — Plaza del Príncipe, 17

cón que caía sobre una calle silenciosa en la fachada posterior del edificio.

Lloraba la muchacha el fracaso desastroso de su vida. Ardiente, impetuosa, apasionada, habíase entregado toda entera, esperando a cambio de su ofrenda divina el amor del hombre cobarde y desleal que huía de su lado... Morían entre sollozos sus esperanzas, sus sueños de ventura, sus propósitos de vida sencilla dedicada al cariño de su marido, al cuidado de un hogar, a la educación de unos hijos. Aquella existencia modesta y recogida, alejada del mundo bullicioso que soñó a ratos en sus frecuentes abstracciones, iba a ser, por la voluntad del destino, una quimera más de su juventud idealista... Empujada hacia el vértice de la vida vana por aquel desencanto traidor, iría hacia ella desesperada y muda; sería una más en la triste lista de las que sucumben... y de lo que fuese de ella, de sus amores mal pagados, de sus frustrados buenos propósitos, Gonzalo Estrada sería el responsable.

Sentía un dolor tan hondo y tan agudo, que su fogosa naturaleza re-

volvía con espasmos de fiera que intenta sacudir el yugo del domador. Y a cada esfuerzo desgarrábase más la herida y más intensa era la pena punzante que la enloquecía.

Comenzó a declinar el sol sin que lograra María Victoria dominar la angustiosa desolación que la aplastaba. Su agonía crecía... Su cerebro loco sentía como unos martillazos violentos; la sangre bullía en sus venas, y ora sentía atroces ansias de venganza; como divinos impulsos de perdón, tan pronto se agitaba furiosa en alas de una súbita demencia como desfallecía aniquilada.

Alzóse de pronto con los ojos muy abiertos, como quien concentra su atención en algo lejano e invisible; se acercó al balcón y levantando la punta de un visillo miró ansiosa hacia la calleja solitaria.

Oyóse un rumor de pasos confundido al principio con el chirrido de engranajes, poleas y motores de la cercana fábrica de harinas, con las charlas comadreras de la gente apostada en las solanas de los porches, con el desflorar monótono del azul del Segrura al caer y deslizarse el agua cer-